
ROMANCE HISTÓRICO
H
inédito
Juliet Landon
Honor y Deseo
Harlequin Internacional™


Juliet
Landon
Honor y Deseo


HARLEQUIN™

Editado por HARLEQUIN IBÉRICA, S.A.
Núñez de Balboa, 56
28001 Madrid

© 2007 Juliet Landon. Todos los derechos reservados.
HONOR Y DESEO, Nº 449 - 1.2.10
Título original: Dishonour and Desire
Publicada originalmente por Harlequin Enterprises, Ltd.

Todos los derechos están reservados incluidos los de reproducción, total o parcial. Esta edición ha sido publicada con permiso de Harlequin Enterprises II BV.
Todos los personajes de este libro son ficticios. Cualquier parecido con alguna persona, viva o muerta, es pura coincidencia.
® Harlequin, Harlequin Internacional y logotipo Harlequin son marcas registradas por Harlequin Books S.A.
® y ™ son marcas registradas por Harlequin Enterprises Limited y sus filiales, utilizadas con licencia. Las marcas que lleven ® están registradas en la Oficina Española de Patentes y Marcas y en otros países.

I.S.B.N.: 978-84-671-8157-9
Editor responsable: Luis Pugni

Uno

1812. Richmond, Surrey

Aún con una sonrisa provocada por alguna absurdez, la señorita Caterina Chester y su hermana entraban a caballo en el establo situado tras el número dieciocho de Paradise Road, y anticipaban las habituales sonrisas de los mozos de cuadra, ansiosos por ayudarlas a desmontar. Aquella mañana soleada, con el vapor ascendiendo de los tejados, los muchachos del establo se esmeraban en limpiar de barro las ruedas de un carruaje de color café con leche, mientras otro mozo con una levita verde que no les resultaba familiar sujetaba las riendas de un enorme caballo gris a la sombra de un sendero cubierto.

Nadie se acercó corriendo a recibirlas.

—Padre tiene visita —dijo Sara.

—Ése es el carruaje de la tía Amelie —dijo Caterina, y se detuvo en seco—. ¿Por qué estará cubierto de barro? Joseph —gritó—, ¿qué sucede?

Joseph dejó la escoba, se dio la vuelta y se protegió los ojos con la mano.

—Lo siento, señorita Chester, no os oí llegar —dijo mientras se limpiaba las manos en el mandil.

Se acercó a tomar las riendas, pero Caterina pasó una pierna sobre la silla de montar y bajó del caballo antes de que él pudiera alcanzarla.

—Ayuda a la señorita Sara —le dijo—. Yo puedo sola. ¿Quién ha salido con el carruaje?

—El señor Harry —contestó Joseph mientras guiaba el caballo de Sara—. Lo tomó prestado anoche y…

—¿Prestado? ¿Sin pedirlo? —furiosa, miró a su hermana—. ¿Tú sabías esto, Sara?

—Desde luego que no. La tía Amelie te lo prestó a ti, no a Harry.

—¿Y por qué no me lo dijiste cuando trajiste los caballos esta mañana, Joseph?

El mozo se quedó mirando avergonzado el carruaje embarrado y dijo:

—Bueno, porque pensé que vos lo sabíais, señorita Chester. El señor Harry me dijo que tenía permiso para usarlo, y me pidió que me diese prisa en tenerlo listo.

—¿Listo para qué?

—No dijo para qué, señorita. Pero, fuera lo que fuera, no creo que a lady Elyot le hubiera gustado. Miradlo, lleno de manchas por todas partes. Tenemos que cepillar cada centímetro de la estructura. Lo ha devuelto hace sólo media hora.

La hermosa Sara no tenía intención de bajarse sola del caballo siempre que hubiera un mozo atractivo que pudiera ayudarla. Saltó al suelo y apartó las manos de los hombros de Joseph, pero su hermana se adelantó a su pregunta.

—¿Devolverlo de dónde?

Todo el establo se quedó de piedra ante el tono inquisitivo de Caterina.

Joseph suspiró profundamente.

—Ha estado en Mortlake toda la noche, señorita Chester. En el establo de sir Chase Boston. Aquél es el mozo de sir Chase. Lo han devuelto esta mañana. ¿Le pregunto si…?

—No. Descubriré el resto por mí misma —el dobladillo del atuendo de montar de Caterina se arrastró sobre los adoquines mojados mientras ésta se dirigía hacia los escalones que conducían a la casa, con su esbelta espalda curvada como un arco y ambas manos levantadas para desabrocharse el sombrero. Antes de que su hermana hubiese llegado a su nivel, una masa de rizos cobrizos cayó sobre sus hombros como si fuera una capa de piel de zorro, con reflejos rojizos causados por el sol. Su esbelta figura pareció deslizarse por la puerta con una fluidez que ejemplificaba todos sus movimientos.

—De modo que es ella —dijo el mozo de sir Chase Boston.

—Sí, es ella —contestó Joseph mientras se llevaba a los dos caballos—. Va a haber tormenta.

—Entonces será interesante —dijo el otro.

—Yo no me molestaría en desensillar al caballo —añadió Joseph mirando al caballo gris—. Tu señor saldrá en cinco minutos con los oídos echando humo.

—¿Quieres apostar? —preguntó el mozo.

En el elegante recibidor, Caterina se detuvo lo suficiente para mirar hacia la mesa donde yacían un sombrero, unos guantes de cuero y un látigo de montar que el mayordomo habría dejado allí. Había varias tarjetas de visita situadas en la bandeja de plata, y el espejo situado encima no recibió una sola mirada cuando Caterina pasó por delante. Desde el rellano superior llegaban los sonidos de las puertas, la voz exigente de una mujer, los gritos de los niños y las nanas de las niñeras mientras intentaban calmarlos. Agotada por tanto sonido, Caterina apenas pudo disimular su fastidio antes de abrir la puerta del estudio.

Su padre, al que normalmente no le molestaban sus interrupciones, dejó de hablar bruscamente al ver cómo se avecinaba la tormenta.

—Ah, aquí estás —dijo mientras la miraba—. ¿Has recibido mi mensaje?

Esbelto y de mediana edad, Stephen Chester hizo todo lo posible por sonreír, aunque no le salía natural.

—No, padre. Parece que ha habido un fallo en alguna parte del sistema. Y tampoco he recibido ningún mensaje sobre el carruaje.

—De modo que lo has visto. Bueno, sir Chase ha venido desde Mortlake para explicar la situación. No creo que os conozcáis. Sir Chase Boston. Mi hija mayor.

Hubo un movimiento tras ella, y entonces se dio cuenta de que el invitado de su padre estaba acechando detrás de la puerta, observándola sin ser visto. Bueno, tal vez no estuviera acechando, pero una no podía evitar pensar que se había situado allí a propósito.

Como su padre, Caterina era alta y había pocos hombres que la hicieran parecer pequeña. Aquel hombre no sólo era alto, sino ancho y con unos pectorales desarrollados además, lo cual no creía que tuviera que ver con hacer remo. Había oído hablar de él; todo el mundo en la alta sociedad había oído hablar de los asuntos de sir Chase Boston, de sus apuestas absurdas, que siempre parecía ganar, de sus méritos en el terreno de la caza y de sus increíbles habilidades como conductor. En apariencia había pocas cosas que aquel hombre no hubiese intentado alguna vez. Salvo casarse.

Había imaginado que un hombre con semejante reputación tendría otra cara; arrugas, una complexión delgada, ese tipo de cosas. Lo que vio sin embargo fueron un par de ojos de un intenso color

avellana que la miraban con una franqueza alarmante, un rostro bien cuidado con un hoyuelo en la barbilla, y un pelo negro y fuerte peinado hacia atrás de manera descuidada.

Sí, incluso su aspecto era excesivo, pensó Caterina. Aunque su vestuario era impecable. Al contemplar sus botas de montar, se sonrojó como una colegiala, pues había visto en sus ojos algo más que mera cortesía. La inclinación de su cabeza fue acompañada de una leve reverencia.

—Sir Chase —dijo ella—, ¿puedo preguntaros por qué devolvéis el carruaje de mi tía en un estado semejante?

Sus ojos, de un dorado oscuro y llenos de ira, no parecieron tener en él el efecto deseado.

—Lo he ganado —contestó él—. Y los caballos también. Se lo he ganado a vuestro hermano —su voz era profunda, como se esperaba de un hombre con una constitución tan imponente.

—¿Los caballos grises de mi tía? ¿Harry se los llevó?

—Es un buen color. Va bien con el marrón.

Caterina sospechaba que no estaba hablando del carruaje y de los caballos.

—Padre —dijo ella mientras se quitaba los guantes—, ¿te importa decirme qué está pasando aquí, por favor? La tía Amelie me los prestó, ya lo sabes, y…

—Sí —dijo el señor Chester—, y el joven Harry

ha regresado a Liverpool a primera hora de la mañana sin decir una palabra sobre esta ridícula apuesta. Parece que sir Chase y él hicieron una carrera por Richmond Park anoche y Harry perdió. Sería mejor que te sientes, querida.

—De modo que Harry se jugó algo que no era de su propiedad. Entiendo —dijo Caterina—. No, no lo entiendo. Sir Chase, si sabíais que no era de mi hermano, ¿por qué…?

—No lo sabía —interrumpió su invitado. Abandonó su lugar junto a la pared y se colocó junto a su padre, desde donde podía verla mejor—. Me hizo creer que era de su propiedad cuando hizo la apuesta. Y yo gané. Tuvo que dejarme el carruaje en Mortlake. Al echar un vistazo, encontré esto en una esquina del asiento —se metió la mano en el bolsillo del chaleco mientras hablaba, y luego sacó un pañuelo de encaje muy delicado, que le entregó a Caterina—. Las iniciales *A.C.* en la esquina me sugirieron que pertenecía a la tía del joven, la antigua lady Amelie Chester, ahora lady Elyot. Y en caso de que quiera recuperar el carruaje, le he ofrecido a vuestro padre la oportunidad de hacerlo. Me atrevería a decir que vale doscientas, más o menos. Uno de los grandes de Felton. Cinco años de antigüedad, un solo dueño, ejes cilíndricos patentados, y los caballos… bueno… valen…

—Y mi hermano volvió andando desde Mortlake, ¿verdad? ¿U os ofrecisteis a traerlo?

—Vuestro hermano me debe dinero, señorita

Chester. Yo no le ofrezco nada a quien me debe algo. ¿Vos sí?

—El asunto es, querida —dijo el atribulado padre de Caterina—, que sir Chase tiene todo el derecho a esperar que le sean entregadas sus ganancias. Es extraordinariamente decente por su parte que devuelva el carruaje y los caballos, pero una apuesta es una apuesta y…

—Y sería incluso más extraordinariamente decente si sir Chase se olvidara de esta tontería y achacase su pérdida a la experiencia, ¿no crees, padre? Después de todo, no creo que a sir Chase le falten caballos o carruajes, ¿verdad? Harry tiene veinte años, no tiene salario, y tiende a ser algo irresponsable en ocasiones —el corazón comenzó a acelerársele, y no logró definir aquella singular hostilidad que sentía hacia aquel hombre. ¿Sería por su exigencia? ¿Por la actitud que adoptaba ante su padre? ¿O ante ella? ¿Sería por todo lo que había oído sobre sus muchos y variados escarceos amorosos?

—La irresponsabilidad de vuestro hermano, señorita Chester, es su problema, no el mío —dijo sir Chase—. Si hace una apuesta, debería tener los medios para respaldarla sin tener que abochornar a nadie más. Su irresponsabilidad es cómica, pero, cuando yo gano una apuesta, no suelo olvidarme de ella hasta que no la cobro. Y tampoco finjo que he perdido. No soy una institución de caridad, y ya es

hora de que el joven señor Chester aprenda algunas cosas sobre el honor.

—Yo habría pensado —dijo Caterina— que en un caso como éste, tratándose de un carruaje y de unos caballos, podríais haber renunciado a la cuestión del honor. Me doy cuenta de que mi hermano es culpable por apostarse algo que no es suyo, pero seguro que… —se detuvo al ser consciente de que aún quedaba otro tema del que hablar.

A Stephen Chester nunca se le había dado bien disimular sus pensamientos, y en aquel momento su cara alargada reflejaba algo extraño mientras miraba con inquietud a sir Chase antes de abrir la boca.

—Eh… bien —dijo—. No se trata de… ¡Dios mío! —suspiró y sirvió dos copas de brandy.

—¿Padre, qué pasa? Hay algo más, ¿verdad?

Él asintió y dijo:

—Harry también debe dinero. Sir Chase estaba a punto de decírmelo cuando has entrado, pero realmente no creo que debas escuchar esto, querida. No sabía nada de esto cuando te envié a buscar. Tal vez deberías…

—¿Cuánto? —preguntó Caterina—. Vamos, padre. Siéntate aquí y cuéntamelo. No puedes guardártelo dentro.

—No sé cuánto —contestó su padre—. ¿Sir Chase?

—Me debe veinte mil.

El señor Chester se llevó las manos a la cabeza

lentamente, pero Caterina se quedó mirando a Chase con la boca abierta.

—¿Veinte mil? —repitió—. ¿Libras?

—Guineas.

—¿Y cómo diablos pudo…? ¡Oh, santo cielo! ¿Y te ha dejado a ti que pagues una deuda así? ¿Cómo ha podido hacer eso, padre?

Sir Chase parecía muy tranquilo, como si estuvieran hablando de peniques en vez de guineas.

—Tengo la nota de vuestro hermano en la que pone esa cantidad. Le di veinticuatro horas para pagar. Me juró que me llevaría el dinero ayer por la mañana, pero cuando llegó a mi casa de Londres me propuso la carrera por el parque, y que se anulara la deuda si él ganaba. Normalmente yo no aceptaría una apuesta semejante, pero él me rogó otra oportunidad y era evidente que no tenía nada de dinero. Aun así, yo no veía razón para poner en juego esa cantidad por su bien. Como ya he dicho.

—Sí, he oído lo que habéis dicho, sir Chase. ¿Dijo mi hermano cómo conseguiría el dinero? ¿Con prestamistas?

—No es asunto mío hacer preguntas, señorita Chester, pero no creo que haya encontrado la manera de cultivar dinero, de lo contrario, no se lo habría contado a vuestro padre.

—¿Así que habéis venido aquí con la esperanza de encontrarlo?

—Así es. Y para devolver el carruaje de lady Elyot.

Caterina ayudó a su padre a sujetar la copa de brandy mientras servía, y sintió cómo su ira aumentaba a causa de la falta de principios de su hermano.

Su padre no había hecho nada para merecer aquello. Veinte mil guineas era una suma de dinero muy cuantiosa por la que probablemente tuviera que vender aquella casa en Richmond así como la que poseía en Buxton, pues los ingresos de la finca de su difunto hermano ya estaban estirados hasta el límite, y no le estaba permitido hacer dinero vendiendo nada que hubiera heredado. Todo eso acabaría llegando hasta Harry en algún momento.

La segunda esposa de su padre, Hannah, mucho más joven que él, le había proporcionado dos pares de gemelos en seis años, y ahora la preciosa casa de Paradise Road, que en su momento perteneció a lady Elyot, estaba llena de gente. Por comodidad, Harry había pasado casi todo su mes de vacaciones en Londres, que estaba a dos horas de camino. Y era evidente que sir Chase había ido allí en busca de una recompensa, no para negociar.

—¿Vivís entonces de vuestras ganancias, sir Chase? —preguntó Caterina.

—¡Caterina! —exclamó su padre—. Querida, no puedes hacerle a un hombre preguntas de esa naturaleza. Por favor, es hora de que te vayas. Sir Chase y yo discutiremos esto y encontraremos una solución. La deuda será saldada. Será mejor que vayas a ver qué tal está Hannah. Ha estado preguntando por ti.

Sir Chase llegó hasta la puerta antes que ella y, con una mano en el picaporte, la habría abierto de no ser porque Caterina colocó la mano con fuerza contra la madera.

—Un momento, por favor —dijo ella—. Comprendo el significado del honor tan bien como cualquier hombre, sir Chase, pero si no puedo preguntaros por vuestras ganancias, entonces tal vez pueda preguntaros si realmente creíais que era honrado desafiar a mi hermano a una carrera que sabíais que no ganaría cuando él ya os debía un dinero que no podía pagar. ¿Cuál era exactamente vuestro propósito al alentarlo a cometer semejante locura, que sólo podía acabar con el bochorno de mi padre?

Su cara en forma de corazón estaba orientada hacia la luz, y le mostraba toda la opulencia de su hermosura; las sugerentes ondulaciones de su melena castaña, que acariciaba su piel sedosa, unos increíbles ojos dorados enmarcados por pestañas interminables, una nariz recta y unos labios gruesos llenos de sensualidad. Sus ojos brillaban con el tipo de pasión que respondería al instante y sin inhibición a cualquier situación, y sir Chase dudaba mucho que ella hubiese obedecido a su padre de no haber decidido ya hacerlo. Tal vez quisiera que creyera que era sumisa, pero podía ver en sus ojos que no era así. Aquélla era de las que se salían con la suya.

Maliciosamente, la enfureció más haciendo que

su mirada se deslizase por su blusa hasta posarse en sus pechos.

—Pero ya os he dicho, señorita Chester —dijo sin sonreír—, que fue vuestro hermano el que me desafió, y no al revés. Así que, si entendéis el honor como decís, no necesitaréis más explicaciones, ¿verdad?

Aunque Caterina sentía que tenía más que decir al respecto, el tiempo que deseaba pasar en compañía de aquel hombre tan arrogante tenía un límite, de modo que apartó la mano de la puerta y esperó a que él girase el picaporte. Al ver que no lo hacía, lo miró y vio que estaba observándola con los ojos entornados y una expresión inescrutable. Al verse obligada a esperar, se dio cuenta de que sir Chase estaba diciéndole algo sobre su actitud. Cuando finalmente abrió la puerta, muy… muy lentamente, Caterina no pudo salir con la misma dignidad con la que había entrado.

Una vez en el recibidor, se dio cuenta de que el corazón le latía de forma desbocada en el pecho, y el deseo de tirar al suelo todas las pertenencias de sir Chase situadas sobre la mesa fue distraído por los llantos de uno de los niños. Con un suspiro, se dio la vuelta y se dirigió escaleras arriba.

Aquel mismo sonido llegó a oídos de Stephen Chester antes de que la puerta se cerrara detrás de su hija, lo que le hizo levantar la mirada y decir:

—Lo siento.

Al dar por hecho que se refería al ruido, sir Chase se sentó frente a él y saboreó su copa de brandy mientras miraba a su alrededor. Tras el escritorio del señor Chester colgaba un cuadro en el que podía verse un barco navegando con un puerto distante al fondo. A través de los árboles situados frente a la ventana, podía ver el brillo distante del río Támesis, lleno de botes y barcos. No había signos de pobreza aparentes, pero la discrepancia de edades en la familia de su anfitrión resultaba intrigante, y obviamente era causa de gasto. Y aunque sir Chase no había ido allí con la intención de negociar, ahora había un nuevo factor en la ecuación que no había estado allí a su llegada: la señorita Caterina Chester.

—Tenéis una familia interesante, señor Chester —dijo mientras colocaba la copa sobre la mesa. Apoyó una bota sobre su rodilla y la mantuvo allí—. Imagino que la señora Chester es vuestra segunda esposa.

Stephen se pasó la mano por el pelo y asintió.

—Mi esposa es una de los Elwick de Mortlake —dijo—. Probablemente los conozcáis. Llevamos casados casi seis años.

Sir Chase arqueó las cejas.

—Oh, desde luego que sí. Son vecinos de mis padres. Creo que el hijo mayor murió hace un par de años.

—El hermano de la señora Chester, Chad. Es

cierto. Yo perdí a la primera señora Chester hace diez años y, con tres hijos adultos, no pensé que fuese a tener una segunda familia tan extensa y tan pronto. Si hubiera sabido que íbamos a ser nueve en vez de cinco, no me habría marchado de Buxton. Mi casa de Derbyshire es mucho más grande que ésta. Tiene muchas habitaciones. Pero mi esposa es una mujer de Surrey, y Caterina y su hermana querían quedarse cerca de Londres. Caterina vivía en esta casa con su tía, lady Elyot, que por entonces aún era lady Chester. Era perfecta para las dos solas.

—Ah, vuestra hija. ¿Puedo preguntaros por su edad?

—Veintitrés, sir Chase —de pronto Stephen golpeó la mesa con la mano y se puso en pie—. Veintitrés malditos años, y no está casada. Ni lo estará en un futuro próximo, a no ser que cambie su actitud —caminó hasta la ventana y miró en la distancia—. Espero que disculpéis su comportamiento. A veces puede ser una chica muy difícil, pero todos hemos estado sometidos a mucho estrés, de un modo u otro, y por desgracia Caterina tiene una mentalidad propia. Mi otra hija, Sara, es justo lo contr…

—Habladme, si queréis, sobre la señorita Caterina Chester.

—¿Eh? —sorprendido, el señor Chester se dio la vuelta—. Pensaba que ya lo habríais oído.

Sir Chase sonrió, pero no contestó.

Stephen se acercó a la mesa, observó lo que le quedaba del brandy y se lo bebió de un trago. Luego, mientras caminaba de un mueble a otro, deslizando los dedos sobre las superficies, fue relatando lo que consideraba que eran los acontecimientos principales de los veintitrés años de vida de Caterina.

—Bueno, le permití que viniera aquí desde Derbyshire a vivir con la viuda de mi hermano. Caterina y su tía estaban muy unidas. Ella vive ahora en Sheen Court, desde que se convirtió en lady Elyot.

—Sí, conozco a lord y a lady Elyot muy bien, así como al hermano de él, lord Rayne.

—Oh, desde luego. Bien, Caterina tenía diecisiete años cuando fue presentada en sociedad. Fue toda una revolución en su momento. La demandaban mucho. Podéis imaginároslo.

—Desde luego que sí. ¿Ofertas de matrimonio?

—Oh, sí. Muchas. Primero aceptó al conde de Loddon.

—¿Y entonces?

—En el último minuto se echó atrás. Dios sabe cuál fue la causa real. ¡Y menudo escándalo provocó! Después se prometió con el vizconde Hadstoke. Le dijimos que era afortunada por tener una oferta después de aquello. En cualquier caso, se arrepintió dos días antes de la boda. Yo estaba seguro de que ése sería el final de sus oportunidades. Era todo un riesgo, ya sabéis. A ella no parecía importarle, pero a mí sí, y también a su hermana.

—¿Y por qué?

Stephen dejó de caminar y extendió los brazos con impotencia, aunque no respondió a la pregunta sobre Sara.

—¿A vos que os parece? Habladurías, chismorreos… muchas ofertas para ser amante, pero no más ofertas de matrimonio después de eso. Bueno, eso no es cierto. El conde de St. Helen le ofreció matrimonio la semana pasada, pero ella no quiere ni verlo. Es su última oportunidad. Yo se lo he dicho, pero se niega a dar su brazo a torcer. ¡Un conde!

—Entiendo. ¿Y no os da ninguna razón en particular?

Con un soplido, la respuesta de Stephen fue predecible.

—Oh, niñerías sobre el amor y esas tonterías. Sin duda sus razones tienen sentido para ella, pero la verdad, sir Chase, ¿quién puede permitirse rechazar ofertas de ese tipo? Su hermana ya está lista para casarse, pero hasta que Caterina no se case, ella no podrá. Ningún padre en su sano juicio permitiría que su hija pequeña se casara antes que la mayor. Así es como debería ser. Así ha sido siempre.

—Sé que ocurre así a veces.

—Quizá. Pero no en mi familia.

—Entonces la presión que debe de sentir la señorita Chester para casarse debe de ser muy intensa.

—Lo es. Bueno… quiero decir que… sí. Para ser justos, no creo que la haya ayudado mucho llenando la casa con cuatro niños llorones. No me malinterpretéis, sir Chase, adoro a mi familia. Pero cuatro niños en una casa de este tamaño son suficientes para volver loca a una joven sin instinto maternal. Y no creo que Caterina lo tenga. Quiere tocar el piano y cantar. ¿Os he mencionado que tiene una bonita voz? —sin pararse a ver la expresión de su invitado, continuó hablando—. Oh, sí, la han invitado a cantar en grandes casas. Se lo toma muy en serio. Sí, la verdad es que sí.

—¿Y vuestro hijo, Harry? Mencionasteis que había regresado a Liverpool.

—Esta mañana, a primera hora, a casa de su tío. Está estudiando finanzas. El negocio de mi difunto hermano, ya sabéis. El primer marido de lady Elyot.

—No es eso lo que me dijo cuando nos conocimos en Londres, señor.

La expresión del señor Chester se agudizó, sus ojos se entornaron.

—Oh. ¿Y qué es lo que os dijo?

—Que poseía dos bancos en Liverpool.

Stephen dejó la copa con fuerza sobre la mesa.

—Cuando le ponga las manos encima… —murmuró—. Está decidido a arruinarme la vida. Como si no tuviera yo suficientes problemas.

Se hizo un silencio incómodo durante el cual ambos caballeros vieron esos problemas desde pers-

pectivas muy distintas, pues a sir Chase le interesaba más Caterina que sus hermanos. Ella seguía rechazando ofertas de matrimonio y aun así estaba desesperada por recuperar la paz que una vez había conocido y con la cual podría desarrollar sus talentos. Aquél no era lugar para una mujer así.

Su padre no había hecho justicia a sus talentos al no explicarle cómo, durante sus años en Richmond, su voz había sido educada por el mejor profesor de canto del país, el italiano *signor* Rauzzini, hasta que muriera el año anterior. Aquél había sido un terrible golpe para Caterina, pues él decía que su voz era la mejor *mezzosoprano* que había escuchado en alguien tan joven. Caterina aún tomaba clases de canto y la demandaban mucho, pero la presión de tener que encontrar un marido para complacer a sus padres y a su hermana estaba provocando un evidente efecto en ella. Su tía Amelie le había ofrecido su carruaje para que Caterina pudiera escaparse más a menudo de aquel infierno doméstico.

Sir Chase Boston dudaba mucho de que el joven Harry Chester fuese la ruina de su padre, pero no pensaba aliviar a Chester cuando la deuda era tan sustancial, pues había ido allí a saldar la deuda, no a ofrecer compasión. El padre hablaría con su hijo como creyera oportuno, y tal vez la confrontación sirviera para hacerles entrar en razón a ambos. Pero él estaba empezando a ver que quizá hubiese algo

más en juego con la desgracia de Chester, aparte de las veinte mil guineas.

—Bien entonces, señor —dijo—, ¿hacemos algunos números para empezar? Por el carruaje, yo diría que unas…

—Eh… —Stephen Chester levantó una mano como si quisiera protegerse de sus palabras—. ¿Creéis que…?

Sir Chase aguardó impasiblemente. Había aprendido a ser paciente y a no mostrar sus cartas demasiado pronto.

—¿No creéis que pudiera haber otra manera? ¿Una alternativa? —parecía como si estuviese hablando para sí mismo—. Simplemente no tengo esa cantidad, y mi hijo tampoco. La casa Buxton no puede ser vendida por tanto dinero. Para ser sincero, es mucho más de lo que yo habría imaginado. Y no estoy seguro de lo que puedo hacer al respecto. Dejadme pensar. La dote. La dote de Caterina. Bueno, parece que de todas formas no vamos a necesitarla, aunque necesitaría algo para Sara. Pero, si la dote es reducida, sus posibilidades serán menores, ¿no es cierto? De hecho, puede que desaparezcan por completo.

—¿Y esa dote es sustancial?

—¡Ja! Cualquier cosa menos sustancial —contestó el señor Chester sombrío—. Hasta ahora, la cara de Caterina y su familia han sido su fortuna, pero eso no siempre será así. Yo diría que sus posi-

bilidades se han extinguido, a no ser que encuentre a alguien que cumpla todos sus requisitos —había cierto sarcasmo en su voz.

—¿Y no estáis dispuesto a hacer una excepción permitiendo que vuestra hija pequeña se case primero? De ese modo sería un gasto menos del que haceros cargo. Debéis admitir que sería una diferencia.

—No, sir Chase. No podría hacer eso. No sería apropiado. Además, eso sería como decir que he perdido toda esperanza de casar a la mayor. Entonces se quedaría soltera toda su vida.

—¿A los veintitrés? No creo.

—A los veintitrés, mi primera esposa tenía una familia de tres —contestó el señor Chester—. No. Si Caterina se muestra tan exigente, me veré obligado a decidir por ella. Podría hacer cosas peores que aceptar a St. Helen, si es que él está aún interesado. Pero puede que no lo esté, sin una dote, y no puedo imaginar lo que diría Caterina al respecto. Tal vez se deje convencer de que es su deber, pero me atrevería a decir que no soportaría ver cómo su hermana se casa con un hombre de su elección mientras a ella no se le permitió. Aun así, el deber es el deber, aunque eso no me proporcionará veinte mil guineas. ¿Sabéis? Podría matar a ese hijo mío. Debe saber que un hombre no puede darle la espalda a una deuda de juego.

—¿Y la familia de vuestra esposa no…?

—¿Ayudaría? —concluyó el señor Chester por él—. ¡Dios, no! Nunca permitiría que la señora Chester supiera nada de todo esto, y no dejaría de reprenderme en lo que me quede de vida. Además, ya tiene suficientes problemas con cuatro hijos propios. ¡Desde luego que no!

—¿De modo que la señorita Chester no se lo diría?

—¿Que mi hijo me ha puesto en un aprieto y se ha marchado a Liverpool? —Stephen Chester miró a sir Chase como si hubiera perdido el juicio—. No creo. Su madrastra no tiene muy buena opinión de él. Y no puedo culparla. Esto no haría más que reforzar su opinión de que debería haber sido enviado a la armada.

—En todas las familias hay un miembro problemático, señor.

—Vaya, me alegra oírlo. Sin embargo, el problema es mío y yo tengo que encargarme de él. Dejádmelo a mí, sir Chase, si no os importa. Iré a veros mañana con mis propuestas. ¿Os alojáis en Mortlake?

—Me pregunto si… —dijo sir Chase mirando por la ventana.

—¿Sí?

—Me pregunto si querríais oír mi sugerencia, señor Chester.

—Si se trata de pedir dinero a algún prestamista que conocéis, olvidadlo. Nunca tomo nada prestado.

—No es eso —sir Chase se puso en pie al otro lado de la mesa y extendió los brazos—. Vos queréis que vuestra hija se case, y creéis que sus oportunidades son cada vez menos. Bien, tal vez yo pueda ayudaros.

—¿Conocéis a alguien?

Sir Chase pensaba que su anfitrión era el hombre más taciturno del mundo, aunque su excusa era válida. Ni por un momento pensó él que el caso de Caterina Chester fuera tan serio como su padre parecía pensar. A los veintitrés años, muchas debutantes ya estaban casadas, eso era cierto, pero era evidente que aquélla buscaba algo que no estaba en la lista de su padre, y estaba dispuesta a esperar. No pensaba que fuese a quedarse soltera toda la vida, ni mucho menos. De hecho, era uno de los especímenes del género femenino más interesantes que había conocido jamás. Pero hasta un tonto se daría cuenta de que entre su padre y su madrastra la trataban más como a una niña que como a una mujer adulta con mentalidad propia. Siendo así, tal vez Chester diera saltos de alegría al escuchar su oferta, y él tendría que tomar un camino diferente para conseguir su propósito.

—Sí —contestó—. Conozco a alguien. Yo, señor. Yo mismo.

—¿Cómo? —preguntó el señor Chester frunciendo el ceño. Por lo que había oído, los hombres como sir Chase Boston no se casaban, sino que tenían

amantes—. Oh, no. No podría aceptar eso, sir Chase. Ella ya ha recibido antes ofertas para ser amante de algún hombre. El mes pasado, el duque de…

—No como una amante, señor. Como una esposa. Estoy hablando de matrimonio. Si puedo persuadirla para que se case conmigo, estoy dispuesto a cancelar la deuda, y también el coste del carruaje y de los caballos.

—¿Y si no lo lográis? Ella no quiere casarse, sir Chase. Y vos mismo habéis podido ver que jamás os aceptaría como marido. Ni siquiera como amigo.

—Bueno entonces —dijo sir Chase—. Sólo era una propuesta. No pretendía ofender. Os espero mañana por la mañana en Mortlake, señor.

—No… eh… no os vayáis aún. Voy a ver si lo he entendido correctamente. Estáis ofreciéndoos a casaros con mi hija mayor. ¿Es correcto?

—Correcto.

—Y así las deudas quedarán canceladas. ¿Ésa es parte del trato?

—Correcto.

—Tiene que haber algo más. ¿Qué pierdo yo?

—Nada, a no ser que yo sea incapaz de conseguir a la señorita Chester después de todo. Entonces estaremos de nuevo como al principio.

—Entonces habrá que decirle que eso es lo que va a hacer. Pero… sé muy poco sobre vos y, aunque es muy tentador y me complace mucho vuestra oferta, querría saber que Caterina va a estar… ¿cómo podría decirlo?

—¿Protegida?

—Sí. Más o menos. Pero, si me disculpáis, sir Chase, hay algunos padres que no verían con buenos ojos vuestra reputación en ese aspecto. ¿Y si no conseguís persuadirla?

—Entonces me temo que, como ya he dicho, la deuda seguirá vigente. Pensáis que no lo conseguiré?

—Sir Chase, no sé cómo alguien podría convencerla de nada en este momento. Ya la habéis visto, ¿verdad? En cualquier caso, si lo lográis, yo haré cualquier cosa que esté en mi poder para demostrarle cuál es su deber. Sigo teniendo esa autoridad, aunque no haya hecho uso de ella. Tal vez debería haberlo hecho.

—Yo preferiría tomarme mi tiempo, señor. Por mi experiencia, una dama como vuestra hija no vería con buenos ojos ser presionada a tomar una decisión acelerada.

—Por vuestra experiencia. Sí, tenéis mucho de eso, ¿verdad?

—Tengo treinta y dos años, señor. ¿Qué hombre no la tiene a esa edad?

El propio Stephen Chester, por ejemplo, aunque su hermano mayor sí.

—¿Y vuestros padres están en Mortlake? —preguntó para evitar la pregunta.

—En Boston Lodge. Son sir Reginald y lady FitzSimmon. Sir Reginald es mi padrastro y yo soy

su único hijo. Mi morada está en Halfmoon Street, en Londres, señor. He vivido allí durante los últimos años y a veces en mis otras propiedades en el norte.

Al señor Chester no le hizo falta preguntar qué había estado haciendo durante los últimos años, con dinero a raudales y casas a lo largo de todo el país, siendo amigo del príncipe regente y sin tener nada mejor que hacer. Había oído aquello de boca de lord Elyot y de su hermano, a los que parecía caer bien. También le habían dicho que sir Chase pertenecía al Club de los Cuatro caballos, el cual deseaba que su hijo Harry hubiese conocido antes de embarcarse en aquella carrera salvaje por Richmond Park.

—¿Vuestro nombre, sir Chase? ¿Es abreviatura de algo?

—Un mote de juventud que se me quedó, señor. Mi padre y mis tíos empezaron llamarme Chase, que significa caza, después de mis primeras hazañas en ese campo. Mi madre siempre me llama Charles.

—¿Algún asunto amoroso? —preguntó el señor Chester.

—Nadie importante —contestó sir Chase.

—¿Y dónde esperaríais que viviera mi hija, si consiguierais ese milagro?

Tan lejos de su familia como fuera posible, habría sido la respuesta de sir Chase si hubiera sido menos diplomático.

—Eso no sería un problema, señor Chester.

Puedo comprar una casa en cualquier parte si a la señorita Chester no le gusta ninguna de las que tengo.

—Bueno, eso es muy tentador. Si algo he aprendido sobre las mujeres, es que tienen sus gustos sobre dónde prefieren vivir. Aun así, sois un tipo poco convencional, ¿verdad?

—Imagino que vuestra hija no estaría interesada en un tipo sobrio y aburrido para tenerlo como marido. Me parece que es una mujer de espíritu fuerte que necesita un hombre que pueda estar a su altura. No temáis, no la arrastraré a los infiernos del juego ni le seré infiel. Y no permitiré que ella caiga en esos mismos problemas. Cuando hago el esfuerzo por ganar algo, lo consigo. En cuanto a mi edad, ¿cuántos años tienen los hombres que se han ofrecido a casarse con ella? Loddon es un señor de mediana edad pegado a las faldas de su madre en Cornualles. Hadstoke tiene cincuenta y una gran familia. Y en cuanto a St. Helen… bueno, una mujer tendría que estar desesperada para aceptar a alguien como él.

—Riqueza y títulos. Eso es importante para cualquier mujer.

—Para cualquier padre, señor, si me permitís la aclaración. Tengo un baronazgo que mi heredero, cuando lo tenga, heredará con mis fincas. Y soy joven y sano además. Y si, como creo, la señorita Chester disfruta conduciendo ese carruaje de ahí fuera, mi tipo de vida le irá muy bien.

—Oh, ojalá lady Elyot no se lo hubiera prestado. Es demasiado peligroso.

—Para vos, quizá. ¿Entonces os ha quedado todo claro?

—Deduzco que vos nunca habéis estado casado —dijo Stephen Chester.

—Jamás le había ofrecido matrimonio a una mujer hasta hoy.

—Entonces corréis un gran riesgo. Necesitaréis mucha suerte con una apuesta tan impulsiva. Aunque no tenéis mucho que perder.

—Es un riesgo, señor, estoy de acuerdo. Pero puedo perder lo que deseo, como vos. Necesitaré vuestra cooperación, así como la de la señora Chester.

—Oh, por supuesto. Podéis confiar en eso. La madrastra de Caterina utilizará toda su persuasión para…

—No, señor. Prefiero ser yo quien la persuada, si no os importa. La señora Chester tendrá que dar su aprobación, naturalmente, pero os agradecería que me dejarais a mí ocuparme de ello. Imagino que la señorita Chester podría negarse en rotundo si sintiera que la están presionando.

La señorita Chester no hacía otra cosa que negarse en rotundo últimamente. Y lo más difícil iba a ser mantener a Hannah calmada cuando supiese que alguien aún quería casarse con Caterina, después de tantas decepciones.